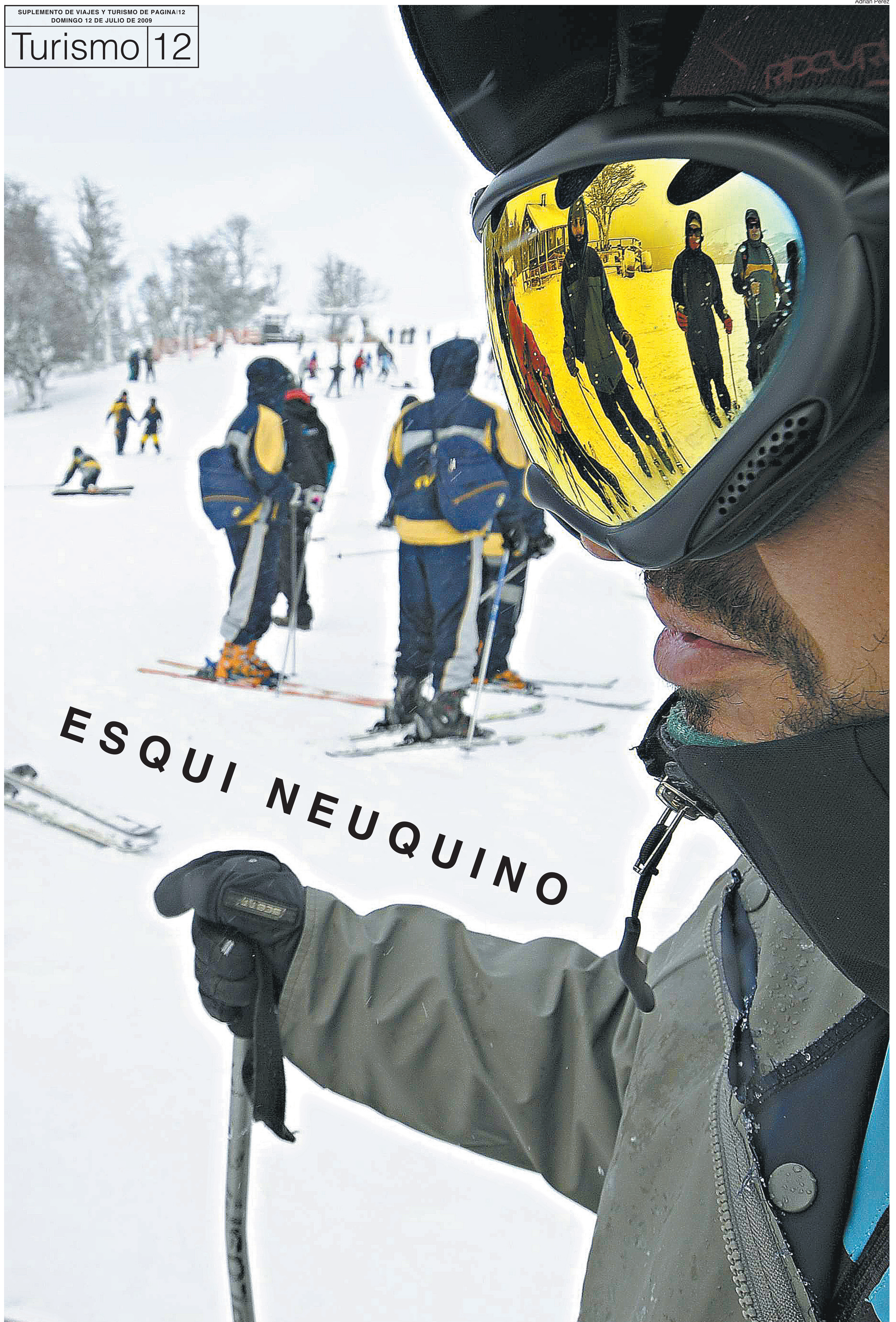
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA|12
DOMINGO 12 DE JULIO DE 2009

Turismo | 12

Adrián Pérez

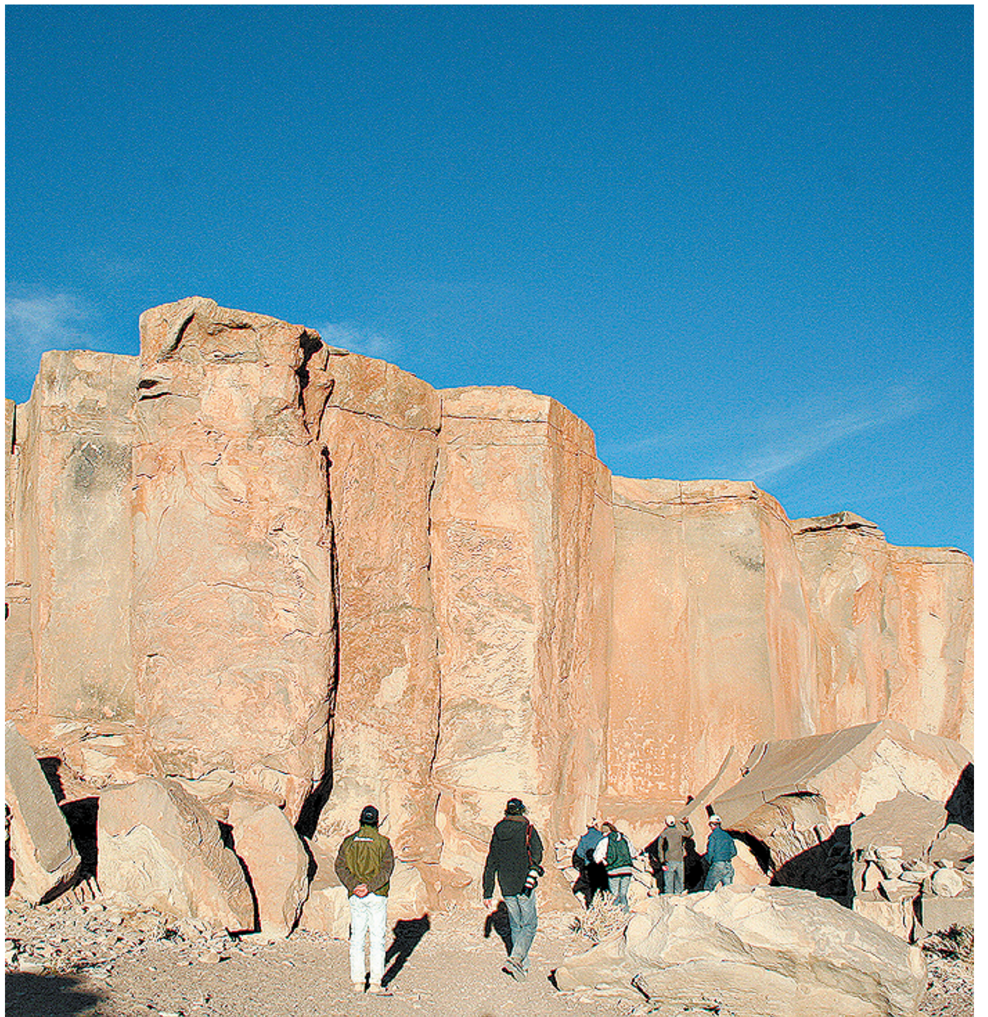


ESQUI NEUQUINO

Villa La Angostura se cubrió de nieve y el centro invernal de Cerro Bayo está en plena actividad.



Manos, círculos, puntos, en las pinturas rupestres de los aleros de Quebrada Seca.



Las impresionantes paredes de Peñas Coloradas, donde se pueden ver petroglifos.

TEXTO Y FOTOS: GRACIELA CUTULI

NOROESTE *Crónica de un viaje por la Puna catamarqueña*

Aventuras de altura

Antofagasta de la Sierra y sus alrededores: tierra de volcanes, de lagunas de altura, de vicuñas y quebradas lunares. Una de las regiones menos contaminadas del mundo, de colores contrastantes y una vida adaptada a las condiciones extremas.

El oasis de El Peñón, a 60 kilómetros de Antofagasta de la Sierra, acaba de quedar atrás. Atrás quedaron sus callecitas silenciosas, sus casas de adobe, el campo de pastoreo comunitario donde se alimentan los animales sobre una vega bordeada de álamos, y la vista extraordinaria desde el mirador que da hacia las formaciones volcánicas de los valles circundantes. La vista parece no tener fin: y aquí mismo, en esta calma y soledad extraordinarias, se levanta el cementerio del pueblo, apenas un cuadrado rodeado de ladrillos de adobe donde el cielo parece más cerca que en cualquier otra parte de la Tierra.

Poco a poco, la ruta desierta vigilada por la silueta de decenas de volcanes que dibujan en el horizonte manchas violáceas, grises y rojizas nos lleva al pie del volcán Antofagasta. Lo rodea un impresionante campo de lava partida en millones de piedras que tapizan el pie del cono y las laderas: apenas unas matas tímidas de rica-rica, casi doradas entre tanta negrura, brotan entre las piedras. Esta planta típica de la Puna es una de las que se usan, en infusión, para combatir el mal de altura, y sus devotos aseguran que es más efectiva que las también tradicionales hojas de coca. Sobre el flanco del volcán se abre una huella, como una cicatriz ondulante, blanquecina sobre el paisaje oscuro: es la que hay que seguir para llegar hasta la cima, desde donde se divisan la laguna de la Alumbrera, los salares y el vastísimo desierto. Parte del grupo sube, esforzadamente, impulsado por las ganas de descubrir esa vista; otros quedamos al pie del volcán disfrutando del aire purísimo y un sol que atenúa el frío de la altura y el viento. Al bajar, mientras los más audaces retoman el aliento para volver a cruzar el campo de lava, nuestro guía sigue contando leyendas y tradiciones de la Puna: y en un alto del camino, todo el grupo se detiene para hacer una ofrenda en una apacheta, acumulando piedra sobre piedra como homenaje a la Pacha Mama, la generosa tierra que desde tiempos ancestrales brinda sus frutos a pesar de la lejanía y el clima inhóspito.

MEDIODIA EN ANTOFAGASTA Algunos kilómetros más adelante, el clásico cartel verde y blanco de Vialidad anuncia la llegada a Antofagasta de la Sierra, uno de los principales centros de servicios de la Puna catamarqueña, y punto de partida para descubrir una región tan remota como extraordinaria. La primera vista es sobre la Laguna de Antofagasta, un refugio de vida entre la aridez, donde las llamas apenas dan vuelta la cabeza para ver pasar el vehículo y luego vuelven, tranquilas, a su rutina de pastoreo y agua. Luego, la llegada al pueblo: en Antofagasta es mediodía, y el sol ya ilumina con una fuerza que hasta parece dar brillo a las opacas paredes de adobe de las casas alineadas en torno de las calles silenciosas y tranquilas. Es una hora de descanso, ideal para hacer un alto con empanadas y una "sopa a la antigua" en el comedor de doña Eloísa –una casona con patio y jardín donde rápidamente se arman las mesas para disfrutar del aire libre y el cielo de la Puna–. Y al terminar, nos despedimos con un corto paseo por las calles desiertas, donde sólo de vez en cuando se adivina una conversación detrás de las ventanas. Cuando Antofagasta quede atrás, será otra vez el tiempo de la aventura, esta vez para explorar los cañadones donde alguna vez los pueblos originarios dejaron su testimonio de arte y pintura.

QUEBRADA SECA A fuerza de doble tracción, avanzamos a más de 4000 metros de altura entre este paisaje digno de un planeta desconocido. Sólo las vicuñas, que viven en estas alturas extremas, observan con atención el paso del grupo, gráciles y abrigadas por una capa de su valiosísimo pelo. Y de pronto, cuando se aquieta el polvo que levantan los vehículos, el terreno se abre en una profunda grieta a pocos metros de la ruta. Es la Quebrada Seca, y aunque las paredes áridas bien le valen el nombre, al fondo discurre el agua de la vida, que la convirtió en refugio de los pueblos cazadores-recolectores miles de años atrás.

A 4300 metros de altura, la quebrada de arenisca es uno de los sitios arqueológicos más antiguos de la Argentina, de valor no sólo histórico sino también paisajístico y geológico, ya que aquí se pueden apreciar los distintos niveles de erupción que tuvo el volcán Galán, el gigante de la Puna catamarqueña, cuya intensa actividad marcó para siempre los relieves de la región. Con precisión, los guías ayudan a identificar las distintas capas: la primera revela una de las erupciones más antiguas del Galán, hace diez millones de años; le siguen otros estratos más rojizos de unos cinco y dos millones y medio de años respectivamente. Esa última erupción, en forma de ceniza con nubes ardientes, fue la que modeló gran parte del paisaje que

DATOS UTILES

- Llevar, como para toda excursión en la Puna, buen abrigo, anteojos de sol y calzado de trekking. Si se viaja en vehículo propio, asesorarse en El Peñón y Antofagasta para saber hasta dónde se puede llegar y contratar guías.
- Excursiones a Quebrada Seca, Peñas Coloradas y el Salar de Antofalla (requiere otro día completo): Socompa Expediciones. Tel.: 0387-4169130. E-mail: info@socompa.com / www.socompa.com
- www.turismocatamarca.gov.ar


El paisaje volcánico en la subida al volcán Antofagasta, a más de 4000 metros de altura.


Una huella angosta marca, en el flanco del volcán Antofagasta, el camino hacia la cima.

estamos viendo hoy: "La ceniza corría a favor de la pendiente, como una colada, a grandes velocidades, arrasando todo a su paso. Una erupción así puede llegar a velocidades de 800 kilómetros por hora, como si fuera una bomba atómica". La fuerza de la comparación revela la intensidad de aquel fenómeno ahora fijado en el tiempo con la solidez del mineral. Nuestro guía sigue: "Esas nubes ardientes, o flujo piroclástico, con la presión se acumula a veces en quebradas como ésta, de esa roca que llamamos toba. Aquí estamos a unos 30 kilómetros de la caldera del volcán Galán, pero las rocas de la colada llegan a unos 60 kilómetros. Y eso es sólo lo que va corriendo por la superficie, ya que lo que fue expulsado hacia arriba entra en la estratosfera y da la vuelta al planeta". El Galán alcanza hoy unos 5100 metros de altura, pero antiguamente era un cerro mucho más alto, gigante entre los gigantes de una región donde las dimensiones pierden la escala humana y se calculan en miles y miles de metros: fue el vaciamiento de la cámara magmática, con la presión de la montaña arriba, lo que fue causando su hundimiento dentro de la cámara y su consecuente "achicamiento". "Lo que quedó el cráter de hoy es prácticamente sólo la punta"; "era un auténtico gigante, como permite adivinar todavía su base de 42 kilómetros de largo, y su caldera volcánica, una de las más grandes del mundo", cuentan los guías, como si las palabras no alcanzaran para describir tanta inmensidad.

Mientras tanto, en la vega del fondo de la quebrada, los animales bajan a tomar agua. Aquí no hay un solo camino hecho por el hombre: todos los senderos fueron trazados por el paso ágil, liviano y repetido de las vicuñas. Y aquí vivían también, hace miles de años, los pueblos de cazadores-recolectores que desafiaron la altura y dejaron su testimonio en los aleros y paredes de la quebrada.


Llamas, habitantes de altura, con el fondo del volcán Antofagasta y su perfecto cono negro.

PINTURAS RUPESTRES

Avanzando un poco sobre el flanco de las paredes, no tardan en aparecer las pinturas: y aunque esperadas, no pueden dejar de provocar emoción al pensar en los hombres que las plasmaron, trazando líneas, puntos y círculos, con pigmentos y pinceles improvisados con sus propios dedos. La intensidad del color permite arriesgar la antigüedad: allí donde los trazos casi se confunden en el color arenoso de la roca se calculan al menos unos 4000 años; en las partes más recientes, que conservan mejor el tono rojizo, se puede hablar de unos 500 años. Como en un pizarrón gigantesco, van apareciendo las siluetas de las vicuñas, el suri y las llamas que poblaban sus vidas cotidianas, pero al mismo tiempo aparecen en las pinturas rupestres de la región animales como el mono y la serpiente, ajenos a la Puna, que revelan los movimientos de los pueblos en el tiempo y el espacio. También se ven figuras humanas con máscaras, líneas que se cree que indican los campos de cultivo y los canales de riego, y puntos que tal vez sirvieran como un modo de contabilizar el ganado. Son sólo conjeturas, las mismas que se suscitan ante los farallones de piedra de Peñas Coloradas, a pocos kilómetros de distancia, donde manos desconocidas tallaron petroglifos con figuras humanas y animales. Explorándolas, poco a poco cae la noche. El frío, que se hace sentir apenas el sol se oculta tras los volcanes, impulsa a regresar a los vehículos para recorrer nuevamente los kilómetros que nos separan de El Peñón, atesorando recuerdos e imágenes de una Catamarca tan imponente como remota y solitaria. ✷

Noticiero

Suspenden concurso del surubí

El XV Concurso "Integración" del Surubí en Ituzaingó (Corrientes) fue suspendido por la gripe A, informó la comisión organizadora. Por su parte, el Concejo Deliberante de la Municipalidad de Ituzaingó adhirió a las medidas adoptadas por el gobierno de Corrientes, decretando la emergencia en todo el territorio provincial. La reprogramación será, en principio, para el mes de octubre.

Pesca en Lago Posadas

La localidad santacruceña de Lago Posadas, ubicada en el noroeste provincial junto a la Cordillera de los Andes, apuesta a la pesca deportiva como eje de su oferta invernal. Orientada a esos fanáticos que buscan destinos poco concurridos y que están dispuestos a superar obstáculos, la propuesta de Lago Posadas se presenta como ideal para pescadores exigentes. Llegar a Lago Posadas constituye de por sí un desafío. La localidad se encuentra a 75 kilómetros de la Ruta Nacional 40, a la altura del paraje Bajo Caracoles, y para alcanzarla hay que atravesar un siempre difícil camino de ripio. Sin embargo, el premio para los valientes que se atreven a desafiar al duro invierno patagónico se hace pronto evidente: la particular ubicación de la zona, rodeada de montañas, y su escasa altitud le brindan un microclima que hace que estos meses sean fríos pero no extremos. La zona abunda en sitios aptos para la pesca, como los increíbles lagos Posadas y Pueyrredón, de aguas turquesas el primero y azules el segundo. Junto con sus afluentes –los ríos Oro, Tarde y Furioso– esta zona está poblada de especies autóctonas como el puyén, el pejerrey patagónico y las percas, además de otros peces introducidos en la zona a principios del siglo XX, como la trucha en sus variedades arco iris y marrón. Pero también hay especies marinas, principalmente en el enorme lago Pueyrredón (que se extiende hacia Chile, donde toma el nombre de Cochrane), como los róbalos y los salmones que ingresan desde el Pacífico.

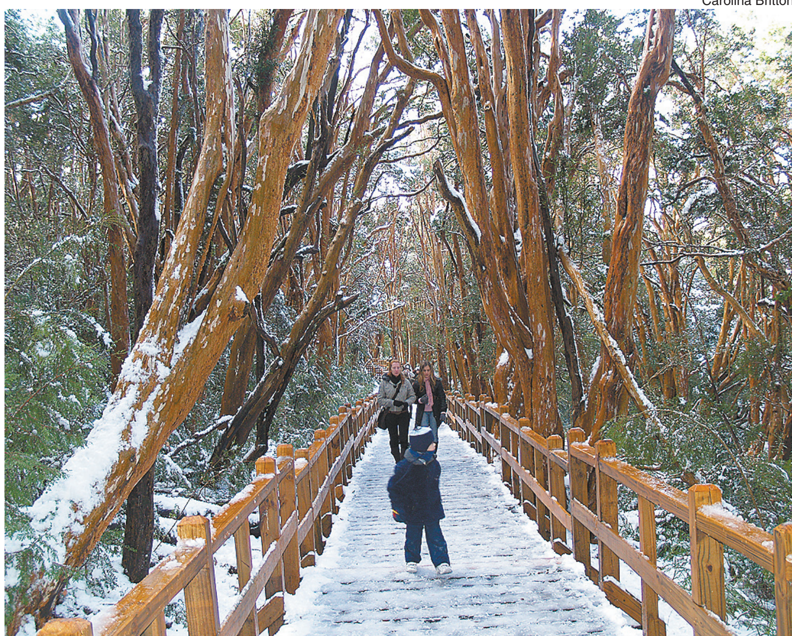

El centro de esquí de Cerro Bayo en plena actividad, apenas comenzada la temporada.


Un clásico de la diversión infantil: hacer un muñeco de nieve.


Canopy: Con la técnica tirolesa, un “paseo” entre los árboles del bosque.


La gama de grises y blancos pinta el paisaje nevado del Cerro Bayo.

Carolina Britton


Una caminata por las pasarelas de madera del Parque Nacional Bosque de Arrayanes.

POR JULIAN VARSAVSKY
FOTOS: ADRIAN PEREZ

NEUQUEN *Invierno en Villa La Angostura*

Con esquíes y raquetas

Con las grandes nevadas del fin de semana pasado, las pistas de esquí de Cerro Bayo ya tienen nieve desde el pie hasta la cima de la montaña. Y para admirar el paisaje sin los esquíes puestos, dos espectaculares travesías con raquetas por las montañas nevadas.

Villa La Angostura comenzó a forjar su destino turístico en 1917, cuando un italiano llamado Primo Capraro construyó una casa de madera junto a la desembocadura del río Correntoso en el Nahuel Huapi y comenzó a recibir amigos. Desde aquel entonces las cosas han cambiado mucho, pero todavía existe aquella casa que fue el germen de Villa La Angostura, convertida ahora en el sofisticado hotel Correntoso, uno del centenar y medio de complejos hoteleros de esta ciudad que en el invierno se llena de esquiadores.

Como viene ocurriendo en los últimos años, la nieve tarda cada vez más en llegar a la Patagonia, aunque esta vez los azares jugaron a favor del centro de esquí Cerro Bayo, que abrió sus puertas el 20 de junio pasado. Además, el fin de semana pasado cayó nieve en cantidad, tapizando el cerro desde el pie hasta la cima. Por eso muchos turistas que llegaban a Bariloche se fueron a esquiar al Cerro Bayo.

La gripe A es, por supuesto, uno de los temas del que más se habla en Villa La Angostura en este momento, donde aún no se han registrado casos. Y en el Cerro Bayo comenzaron a limpiar los picaportes de todos los lugares públicos con alcohol en gel, además de usar termómetros digitales para controlar a toda persona con malestar.

A ESQUIAR El centro de esquí Cerro Bayo está a 9 kilómetros de la ciudad de Villa La Angostura, donde reina la tranquilidad de una aldea de montaña, sin muchedumbres ni estudiantes en viaje de egresados, que se disfruta ya sea alojándose en hoteles o en cabañas con hogar a leña, a veces rodeadas de nieve.

Desde las laderas del Cerro Bayo se ven el lago Nahuel Huapi y la isla Victoria, con una serie de cumbres nevadas alrededor. Fue creado hace 31 años y hoy es un centro de esquí pequeño y sofisticado, con 22 pistas rodeadas de bosques. Esta variedad incluye desde pistas verdes para principiantes hasta negras para los más expertos. También hay estrechos caminos de nieve que cruzan el bosque por la mitad, y el máximo descenso ininterrumpido que se puede hacer es de 6 kilómetros.

Esta temporada se inauguró en Cerro Bayo el llamado Espacio Regenerativo, donde dos expertos masajistas les brindan a los esquiadores una completa sesión de masajes y elongamiento con técnicas tailandesas, antes y después del deporte. Para los chicos las novedades son la Pista Cartoon Network y un parque de nieve de 200 metros con juegos interactivos en la nieve. Y aquellos que no esquíen tienen una opción muy divertida llamada tubing, que consiste en lanzarse acostados sobre una cámara de goma de camión inflada, sobre una pista de 300 metros con lomos y saltos.

Una de las actividades más divertidas que se hacen en Cerro Bayo es el canopy entre los árboles nevados. Tiene un circuito de diez estaciones donde la primera plataforma de lanzamiento está apenas a dos metros del suelo para atenuar el miedo inicial, hasta llegar a los 40 metros en que está la más alta. El circuito recorre un total de un kilómetro entre árboles coihue, cipreses y cañas coihues, que por lo general están cargados de nieve. El precio de la excursión es $ 125 los adultos y $ 100 los menores.

EL FUERA DE PISTA Una característica singular de Cerro Bayo es la facilidad con que se llega al sector de esquí fuera de pista, que normalmente en otros lugares implica una extenuante caminata con los esquíes o la tabla de snowboard al hombro. El circuito más requerido es el Cañadón del Bayo, al que se llega directamente con la telesilla Lenga, que termina en la cota 1700. Este cañadón está en la ladera sur del Cerro Bayo –donde da menos sol y la nieve casi no se derrite–, y tiene un desnivel de 250 metros con una inclinación muy pronunciada. Se trata por supuesto de una opción de esquí extremo con nieve en polvo que al esquiar sale salpicada hacia los costados como si fuese agua. En este sector, donde una caída implica quedar enterrado en la nieve hasta la cintura, los esquiadores más fanáticos buscan ser los primeros de la temporada en rayar las nieves vírgenes.

CON RAQUETAS Una caminata de una hora con raquetas por el bosque nevado es una de las alternativas de Cerro Bayo para quienes no esquían. El esquí es un deporte que requiere de cierto aprendizaje y estado físico, mientras que un paseo con raquetas es casi tan simple como caminar por la calle.

El sistema de las raquetas de nieve fue ideado por los esquimales para caminar por lugares donde, si pisaban con un calzado común, se hundían hasta la cintura o incluso más. Las originales eran de madera, pero ahora las deportivas son de una aleación de plástico con aluminio y pesan 300 gramos cada una. La única ayuda para caminar es un bastón que se apoya hacia la pendiente. Y resbalarse resulta imposible –aunque se quiera–, así que una explicación previa de cinco minutos es suficiente para largarse a caminar.

El recorrido pasa por lugares de nieve virgen donde por supuesto hace frío, pero un bosque de lenga sirve de protección contra el viento. El circuito de caminatas con raquetas está bien delimitado en el Cerro Bayo y no se puede hacer sin guía, ya que si uno se sale de la senda puede chocar con los esquiadores. El objetivo final es un mirador natural donde se ve parte de la isla Victoria y la península de Quetrihué con su famoso Bosque de Arrayanes.

Para quienes tengan un mínimo de estado físico –alguien que pueda caminar diez cuadras sin cansarse– hay una alternativa más larga que es una travesía por El Caizal, un sector de lengas y coihues. Se parte desde una altura de 1500 metros sobre el nivel del mar y al final, luego de dos horas y media, se desciende hasta la base del cerro trazando largas “eses” para atenuar la inclinación. En el camino es común encontrar huellitas de ciervos y zorros. Además suelen divisarse pájaros carpinteros sobre algún tronco, delatado, asimismo, por su picoteo en la madera.

Desde Villa La Angostura hay otra alternativa muy interesante de paseo con raquetas hasta el cerro Mirador, en los alrededores del paso internacional Cardenal Samoré, a 2300 metros de altura. La excursión se organiza desde el hotel Correntoso y comienza en la mañana con un vehículo que se interna por la ruta nacional 231. En apenas 20 minutos se llega a la aduana argentina y se hacen los trámites de migración. Allí mismo, en el hito limítrofe, comienza la caminata con las raquetas por un tupido bosque de lengas hasta que se desemboca en una inmensidad plana que parece cubierta por un manto blanco. Luego se asciende por los faldeos del cerro Mirador. Al fondo se levantan los volcanes chilenos Osorno, Puyehue y Puntiagudo, y el famoso cerro Tronador, que tiene un pico chileno y otro argentino.

El almuerzo, con vajilla y todo, se sirve en unas mesas y sillas de hielo talladas en la nieve por los guías. La comida incluye una picada de ahumados, sándwiches y un guiso caliente para reponer calorías. Una variante más compleja de esta excursión consiste en subir un poco más y bajar con esquíes de travesía. La excursión cuesta $ 135 por persona (www.correntoso.com).

EL BOSQUE ENCANTADO

El pequeño Parque Nacional Bosque de Arrayanes es uno de los más idílicos de nuestro país. Ubicado dentro de una angosta península sobre el lago Nahuel Huapi, su fama se debe al árbol que lo puebla: el arrayán. Y lo puebla con tal densidad que el bosque es considerado el único tan numeroso de esta especie que existe en el mundo. Admirado por su belleza, el arrayán tiene un tronco muy ramificado con una superficie suave de color canela. El bosque ocupa 12 hectáreas cubiertas por estos árboles “amuchados”, entre los que se filtran los rayos del sol formando un fascinante juego de luces y sombras que crea la ilusión de estar en un bosque encantado, especialmente en el invierno, cuando se cubren de blanco después de una nevada.

DATOS UTILES

■ **Cómo llegar:** LAN tiene hasta 7 frecuencias diarias a Bariloche desde Buenos Aires y la tarifa ida y vuelta cuesta desde $ 855. Tel.: 0810-9999-526 www.lan.com Desde Bariloche hasta Villa La Angostura hay 83 kilómetros de asfalto.

■ **Hotel Correntoso** Ubicado sobre una especie de acantilado, al borde mismo del lago Nahuel Huapi, este hotel es un clásico de Villa La Angostura y las habitaciones tienen ventanales con una vista panorámica del lago. Reservas en Buenos Aires: 4803-0030 www.correntoso.com

■ **Más información:** Centro de esquí Cerro Bayo. Tel. (02944) 494-189 www.cerrobayoweb.com www.villalaangostura.gov.ar



Una breve caminata hasta la gran pared de hielo del glaciar Pía.



Desde un mirador de la isla Navarino, se ve el crucero navegando por las aguas del fin del mundo.

PATAGONIA CHILENA *Crucero al Fin del Mundo*

Viaje a la soledad austral

TEXTO Y FOTOS: MARIANA LAFONT

"Puedo describir la Tierra del Fuego en cuatro palabras: un país montañoso, en parte sumergido, de tal modo que ocupan el lugar de los valles profundos estrechos y extensas bahías; y un inmenso bosque que se extiende desde las cimas de las montañas hasta la orilla de las aguas". *

De Punta Arenas a Ushuaia, crónica de un crucero de tres días navegando por tres pasos interoceánicos: el Estrecho de Magallanes, el Canal de Beagle y el Paso Drake. En este fascinante periplo se ven glaciares, bosques y fauna austral. Y para octubre habrá dos viajes especiales celebrando el bicentenario del nacimiento de Charles Darwin.

Era una tarde soleada en el Estrecho de Magallanes cuando nos embarcamos, en Punta Arenas, hacia el fin del mundo. Esta ciudad fue el principal puerto entre el Atlántico y el Pacífico hasta la apertura del Canal de Panamá, en 1920. Poco antes de zarpar, el capitán Oscar Sheward, su tripulación y seis guías nos dieron la bienvenida a bordo del crucero de expedición N89 y nos explicaron las normas de seguridad.

El *Vía Australis* es la segunda nave de Cruceros Australis. Durante el cóctel conocimos a nuestros compañeros de viaje y no bien sonó la chicharra, el crucero levó anclas y la emoción iluminó todos los rostros.

La idea era desconectarse de todo (sin TV, diario e Internet) yendo a los confines más inhóspitos del planeta. Por tres días y cuatro noches surcaríamos fiordos solitarios, es decir, valles erosionados por glaciares que, al subir el nivel del mar, se volvieron navegables. Estos laberínticos canales nos llevarían al Parque Nacional Alberto de Agostini (montañista, explorador y fotógrafo salesiano que recorrió la Patagonia como pocos) y el Parque Nacional Cabo de Hornos. El primero agrupa las islas al sur del estrecho de Magallanes, al oeste de la isla Navarino y una porción de Tierra del Fuego. Su principal atractivo es la Cordillera Darwin y sus glaciares, de los cuales vimos el Marinelli y el Pía. El Parque Nacional Cabo de Hornos alberga el mítico Cabo de los Naufragios.

BAHIA AINSWORTH A la mañana siguiente corrí la cortina y vi una blanquísima cadena montañosa: la Cordillera Darwin. Este cordón al sudoeste de Tierra del Fuego es la parte sur de la Cordillera de los Andes. Su ladera norte baja hasta el seno Almirantazgo y allí nos encontrábamos para desembarcar en la Bahía Ainsworth, cuyo nombre honra al capitán de la *Adventure*. Esta nave era de la expedición británica de Phillip Parker King, quien entre 1826 y 1830 hizo un relevantamiento hidrográfico clave para conocer este territorio. Luego del desayuno fuimos, con los chalecos salvavidas puestos, a la cuarta cubierta y recibimos las instrucciones de desembarco. El motor arrancó, en minutos tocamos tierra y vimos el Marinelli, el más grande de todos los glaciares que bajan de la Cordillera Darwin (aunque ha retrocedido mucho en los últimos 20 años).

El terreno era plano y húmedo, dimos unos pasos y vimos un pequeño grupo de elefantes marinos. Rodrigo (jefe de los guías) nos explicó que estos animales están casi todo el año en el mar y en primavera arriban a la costa para reproducirse. Los machos llegan, se enfrentan por el territorio y forman su harén. Nos acercamos para ver su tamaño, pero a una distancia prudente para no molestarlos. Las hembras no superan los 3 metros de largo y los 900 kilos de peso. En cambio los machos llegan a los 6 metros, pesan 4 toneladas y por su hocico alargado los llaman "elefantes".

En nuestro primer contacto con el bosque magallánico vimos sus especies nativas: coihues, lengas, ñires y canelos. También arbustos como la chaura, el calafate, la zarzaparrilla y el michay. Lo más llamativo fue un hongo redondo y naranja (llamado "pan de indio") que brotaba de lengas y ñires y era muy apreciado por los habitantes originarios. Más adelante había un dique de castores y comprobamos las complicaciones que traen estos ingenieros hidráulicos que hacen diques en ríos y arroyos para proteger su madriguera. El problema es que los castores fueron introducidos desde Norteamérica, no tienen depredadores naturales y para comer y hacer diques derriban 400 árboles al año desequilibrando el ecosistema. Se estima que en Tierra del Fuego hay 70.000 castores, una verdadera plaga. Al final de la excursión (y antes de volver al barco) tomamos un rico chocolate caliente y un whisky con hielo milenario.

ISLOTE TUCKER Y AVENIDA DE LOS GLACIARES *"El Canal de Beagle. Este canal, descubierto por el capitán Fitz Roy durante su anterior viaje, constituye un carácter notable de la geografía de este país. Puede comparárselo al valle de Lochness, en Escocia, con su*



Pingüinos de Magallanes en el islote Tucker.


Sorteando témpanos a bordo de un zodiac, en las cercanías del glaciar Pía.


Una foto imperdible: témpanos a la deriva en las cercanías del glaciar Marinelli.

cadena de lagos y de bahías". *

Durante el viaje hubo excelentes charlas de temas afines a los lugares que visitábamos. Luego del almuerzo hubo una disertación sobre el pingüino de Magallanes. Esta ave nativa de Sudamérica arriba en septiembre para tener crías y se va en abril a los mares del sur. Año a año usa los mismos apostaderos y al llegar reacondiciona su nido. Durante la gestación los padres se turnan para empollar y los pichones nacen en noviembre.

Esa tarde visitamos el Islote Tucker, en el sudoeste del Canal Whiteside. Como era un sitio muy frágil no desembarcamos sino que navegamos alrededor de los islotes. Avistamos muchas aves: cormoranes, gaviotas australes, chimangos, caranchas (con sus pichones), halcones y skúas acechando huevos ajenos. Rodeamos la isla principal y fuimos a la ansiada colonia de pingüinos. Los zodiacs tocaron la playa y allí nos quedamos (sin bajar de los botes) mientras las aves de frac nos miraban curiosos. Algunas dudaban antes de ir al agua pero luego se zambullían mientras las cámaras no cesaban de disparar. Volvimos felices al barco luego de ver una de las aves más simpáticas de la naturaleza. En la cena nos dijeron que esa noche daríamos la vuelta para llegar al glaciar Pía (al otro lado de la Cordillera Darwin) y que durante la madrugada el barco entraría a mar abierto. ¡Menos mal que nos avisaron!

DATOS UTILES

- La temporada es de septiembre a abril.
- En el crucero está todo incluido: desayuno, almuerzo, cena y bar abierto para vinos, cervezas y licores. El menú combina comida internacional y gastronomía regional acompañada por vinos chilenos y argentinos.
- Importante: llevar ropa abrigada e impermeable. En el barco no entregan, venden o alquilan capas ni trajes de este tipo.
- En la web: www.australis.com

Al día siguiente refrescó y el cielo se puso gris. Mientras navegábamos por el Canal Ballenero, a los costados veíamos delicadas cascadas que bajaban por la ladera como blancos filamentos. Esa mañana no hicimos excursión y en su lugar hubo una charla sobre aves de la Patagonia y una visita a la sala de máquinas. Luego de varias horas llegamos al brazo noroeste del Canal Beagle y divisamos el glaciar Pía. En los zodiacs fuimos a un mirador para tener una panorámica del cordón Darwin, el glaciar y los témpanos flotando y no bien pisamos tierra fuimos testigos de un impresionante desprendimiento. A diferencia del Marinelli, el Pía avanza y se ve claramente su morrena (el depósito de materiales que transporta un glaciar). Luego de una breve caminata nos quedamos contemplando la gran pared de hielo y las figuras cinceladas por la erosión. Al volver a la costa nos sorprendió la noticia de que un pasajero ruso ¡se había metido al agua! Cuando le preguntamos cómo había soportado la baja temperatura, él simplemente contestó, en su inglés básico, *accept the cold* (acepta el frío).

De vuelta en el barco continuamos por el brazo noroeste del Canal de Beagle cuando una voz en el altoparlante anunció la entrada a la Avenida de los Glaciares, un amplio paso con regios glaciares (España, Romanche, Alemania, Italia, Francia y Holanda). Cuando dejamos atrás esta peculiar avenida comenzó la charla sobre el Cabo de Hornos que visitaríamos, si el clima lo permitía, a la mañana siguiente. Este cabo es el punto más austral del mundo, aunque algunos dicen que el más austral está en las islas Diego Ramírez. Varios pasaron por aquí pero fue a principios del siglo XVII cuando recibió su nombre definitivo. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales tenía el monopolio del Estrecho de Magallanes y del Cabo de Buena Esperanza para el comercio holandés hacia Lejano Oriente. Para sortear el monopolio, Jacob Le Maire buscó otro paso para unir los océanos y zarpó de Hoorn en 1615. En enero de 1616 divisó tierra al sur, vio un cabo al que llamó *Kaap Hoorn* y por deformaciones del idioma la denominación se cambió por el término "horno".

SIGUIENDO A CHARLES DARWIN

Del 10 al 13 de octubre, Crucero Australis hará dos salidas temáticas que pasan por varios puntos de la travesía que hizo Charles Darwin en el HMS Beagle como Bahía Wulaia, Glaciar Holanda, Islas Wollaston, Glaciar Italia, entre otros. Además habrá interesantes charlas sobre el viaje de Darwin. Más información: www.australis.com/minisitio/darwin/es/index.aspx

CABO DE HORNOS Y BAHIA WULAIA *"La tarde está admirablemente tranquila y nos deja gozar del grandioso espectáculo que ofrecen las islas inmediatas. Pero parece que el Cabo de Hornos exige que le paguemos su tributo, y antes de cerrar la noche nos envía una espantosa tempestad, que nos sopla precisamente de cara."* *

El desembarco en el cabo fue temprano, ya que hay mejor clima a la mañana. Este promontorio de 425 metros está cubierto de hierba, no tiene árboles y lo azotan ráfagas de 100 km/h. Durante años fue, pese a sus peligrosas aguas, el paso clave de las rutas comerciales de navegación, pero al abrir el Canal de Panamá el tráfico se redujo. Sin embargo, llegar al cabo sigue siendo uno de los mayores retos náuticos.

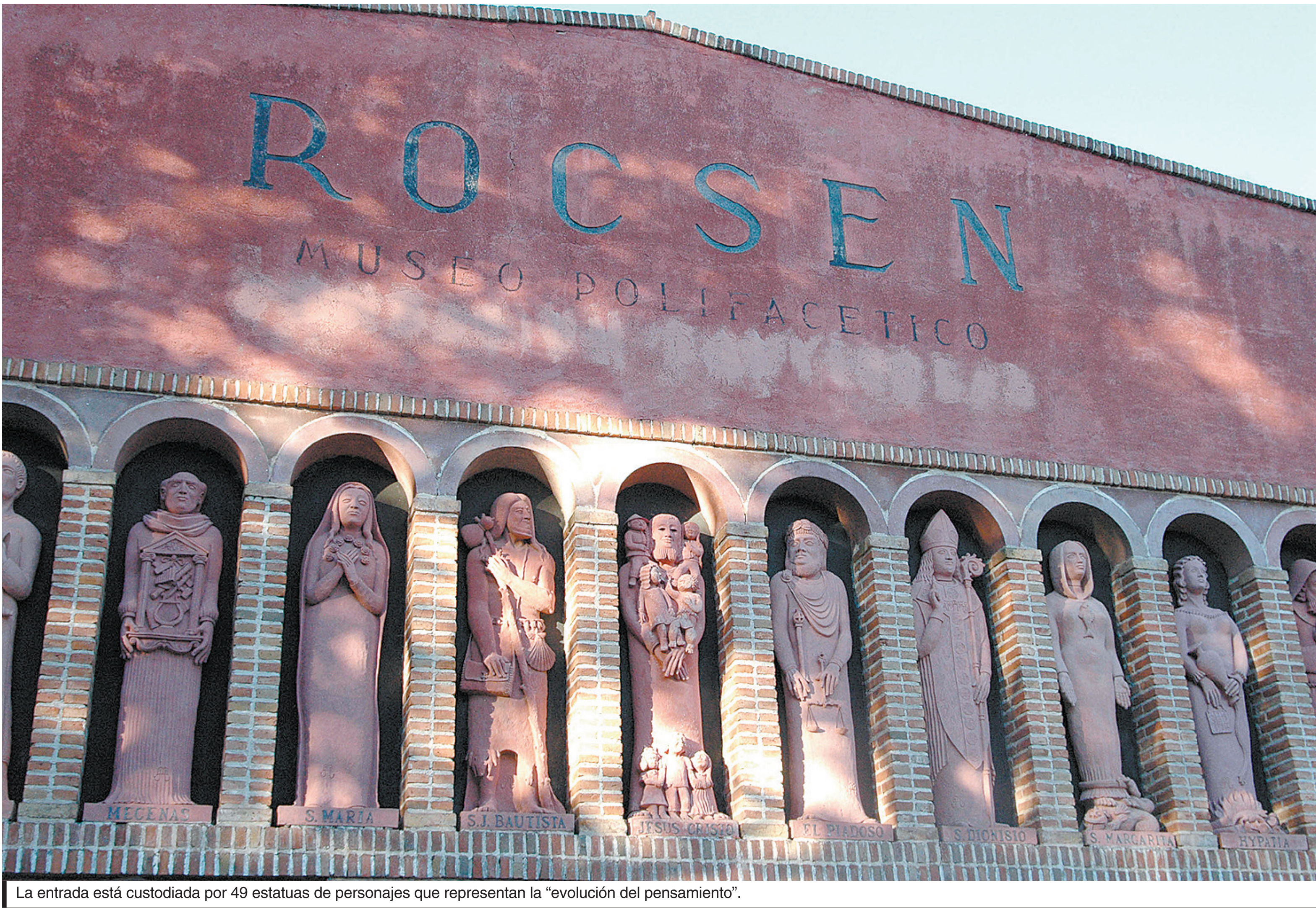
La excitación se sentía en el aire. El día estaba ventoso y con una llovizna constante. Una vez en la playa subimos una empinada escalera de madera donde un hombre elegantemente vestido de militar nos recibió con una sonrisa en el rostro: Héctor San Martín, el farero del Cabo de Hornos. El, su mujer Carmen Leiva y su hijo Héctor, de 6 años, estaban allí desde mayo sin haber salido ni un solo día. "¿Qué se siente vivir acá?", preguntamos. Y Héctor respondió, con total naturalidad, que les gustaba y que nadie los había mandado sino que ellos se presentaron por concurso. Sin embargo, admitió que faltaban pocos días para que llegara su relevo y, por qué negarlo, eso lo ponía contento. A lo lejos se veía el *Albatros*, escultura en honor a los marinos que murieron aquí y, al otro lado, la capilla Stella Maris, junto a la casa para el farero y su familia. En el faro había fotos, remos y banderines firmados por aquellos afortunados que lograron llegar a este mítico lugar. Finalmente volvimos exhaustos a desayunar.

Bahía Wulaia fue, antiguamente, uno de los asentamientos yámanas más grandes de la región. Aquí llegó Fitz Roy en 1829 (en la expedición hidrográfica de King), quien al volver a Inglaterra llevó a cuatro yámanas a los que llamó York Minster, Fuegia Basket, Boat Memory y Jemmy Button.

Nuestro grupo se dividió en dos, uno caminó por la costa y otro fue hasta un mirador. Desde allí comprendimos por qué Wulaia significa "bahía bonita": bosques, islas y montañas forman la perfecta armonía. Al volver al muelle visitamos una estación de radio abandonada donde hoy hay un museo de Cruceros Australis sobre indígenas locales. La última excursión había terminado y esa noche fue la cena de despedida. En la costa se veían las luces de Ushuaia donde el barco atracaría y pasaríamos nuestra última noche en el fin del mundo. ✺

* **Charles Darwin** en *Diario de la Patagonia. Notas y reflexiones de un naturalista sensible*, Ediciones Continente.

TEXTO Y FOTOS:
GUIDO PIOTRKOWSKI



La entrada está custodiada por 49 estatuas de personajes que representan la "evolución del pensamiento".

CORDOBA *En el valle de Traslasierra*

Un museo muy peculiar

El Museo Polifacético Rocsen, en la localidad cordobesa de Nono, valle de Traslasierra, posee una gran colección de las piezas más diversas y curiosas de distintas épocas. Testimonios de culturas y costumbres del mundo entero en un insólito rincón serrano.

"Un misil cuesta un millón de dólares. Con el 5 por ciento del presupuesto bélico mundial no habría problemas de hambre, salud, ni habitacionales en la Tierra. ¿Qué mundo les estamos dejando a nuestras hermosas criaturas? El planeta está enojado, nos está enseñando el camino, si no lo seguimos va ser grave", alerta apocalípticamente Santiago Bouchón, fundador del Museo Polifacético Rocsen, curioso lugar escondido en Nono, al pie de las Sierras Grandes en Traslasierra, Córdoba.

Inaugurado en 1969 y abierto "los 365 días del año desde las 9 de la mañana hasta la puesta del sol", este museo tan peculiar alberga diversas salas y rincones temáticos. La entrada está custodiada por 49 figuras que el mismísimo Bouchón esculpió pacientemente. Son personajes que representan la "evolución del pensamiento" según este hombre, desde el Africanus hasta Martin Luther King. "Es una línea eminentemente pacifista y humanista, aquí hay solamente místicos, filósofos, pensadores, artistas y científicos. No quiero armas, ningún César ni Napoleón, ninguna matanza, nada de sangre. Quiero la mayor luz posible", escribe en los folletos del museo, casi como en una prédica, este hombre llegado de Francia en 1950.

Rocsen significa roca santa en celta. El nombre proviene de una antigua propiedad que la familia de Bouchón tenía en Francia y que perdió durante la Segunda Guerra Mundial. Entrar en este universo de unas 29 mil piezas es trasladarse a otros tiempos y lugares distantes, al mundo animal, humanístico, científico y mineral. Aquí se puede encontrar desde un enorme cóndor disecado hasta una máquina de linotipo, pasando por antiguas cámaras fotográficas y fílmicas, mapas viejos, ostras gigantes de Australia y diversos corales del resto del mundo, juguetes de antaño, fonógrafos y vitrolas, diversos tipos de carruajes, grabados, molinos, vestidos, lacrimatorios de los tiempos de Cristo, alfombras persas, estatuas de Buda y Krishna, un caballo tibetano de barro cocido, una lámpara griega arcaica, máquinas de coser... La lista es interminable y de lo más variada. El lugar, que comenzó como una pequeña casa de unos cien metros cuadrados, hoy ocupa una superficie de dos mil metros, y está en constante expansión. La parte más nueva es la recientemente construida capilla, en cuya entrada se puede leer: "Mismo si no cree, entre y descanse".

Uno de los rasgos más interesantes del Rocsen son los "rincones", reconstrucciones de ambientes típicos de diferentes épocas, lugares y niveles socioeconómicos determinados. Así se van sucediendo a lo largo del recorrido el rincón de la mujer, el rincón criollo, el rincón del burgués, el rincón del marginado, el europeo y el francés. También hay otros sitios muy bien recreados, tales como la antigua peluquería de damas con su correspondiente sillón, secador de pelo, bacha de madera y hasta viejas tinturas y revistas; o el salón de caballeros también perfectamente ambientado; y una vieja confitería con un "salón para la familia", una antiquísima y hermosa maquina de café plateada, piano y fonola.

"Junto elementos desde los tres años, siempre andaba con cosas en los bolsillos, caracolitos, piedritas, hasta un lagarto o un sapo vivo podía tener", recuerda con un dejo de acento francés este hombre que hoy tiene más de ochenta años y seis hijos, la menor en la temprana adolescencia. "A los ocho años, cuando encontré un soldadito de barro cocido de unos dos mil años en una playa de Normandía, se me ocurrió esta idea del museo polifacético, que nunca abandoné. Al principio uno tiene una obsesión, después transforma esa obsesión en vocación, y la tercera elaboración es el desprendimiento de la posesión del bien terrenal. O sea que no siento posesión con esto, ¿para qué? No quiero poseer nada", dice el hombre a modo de declaración de principios.

Bouchón estudió Bellas Artes, la escuela de artes aplicadas a la industria y realizó cursos de antropología durante su juventud en París. Por aquellos tiempos, durante las vacaciones, se embarcaba como empleado en algún barco carguero y así llegaba hasta el continente africano con el firme propósito de investigar y recolectar objetos. Años después llegaría a la Argentina con un cargamento de 23 contenedores, unos 8 mil kg en total.

"No estoy aquí al azar, o por no poder estar en otro lugar, ya que he tenido ofrecimientos de varios sitios. Me instalé mediante un estudio previo, y uno de los motivos fundamentales por los que estoy en Nono se debe a la poca humedad del lugar, que es del 24 por ciento en promedio –explica Bouchón–. Las colonias de hongos que se instalan en los elementos comienzan a desarrollarse a partir de un 28 por ciento de humedad, y la conservación se hace extremadamente difícil y costosa por la gran diversificación de cosas que hay aquí. No es lo mismo el hongo que se instala en la momia que el de la mariposa o el del libro. Pueden pasar mil años sin novedades y accidentalmente aparecer humedad; es ahí cuando se forma la colonia de hongos y destruye. Es uno de los graves problemas que tenemos en este momento, a raíz de los grandes desequilibrios climáticos mundiales de los que no podemos escapar", alerta una vez más don Santiago.


Un recorrido de distintas épocas por las piezas que se exhiben en las abigarradas salas.

El creador de este museo se define como "totalmente feminista": "Si no retornamos a la estructura matriarcal de la familia, como lo era inicialmente, las cosas no van andar bien. Por eso la tercera estatua que hice para la fachada es la mujer del Paleolítico".

Hasta hace diez años, Bouchón viajaba por Sudamérica montado en una pick–up para investigar y traer elementos a este pequeño pueblo en Traslasierra. Muchas de las cosas fueron conseguidas también mediante intercambios, pero don Santiago dice que hoy resulta imposible tanto viajar como intercambiar "debido a las condiciones económicas", aunque cada tanto recibe alguna pieza por donación. Cuenta que el museo se mantiene con el aporte de los visitantes que pagan su entrada y se queja, con un dejo de orgullo, de que nunca recibió "ni un peso" de organismos del Estado, ni de ningún privado.

"Para mí todos los elementos tienen la misma importancia, no tengo preferencias por una pieza, ni por una disciplina. Todo encierra una enseñanza, nada es separado de nada, todo es parte de un todo, y está mucho más intercomunicado de lo que se cree. En ese sentido, mi museo es un intento de sincretismo, la unión de todas las disciplinas", filosofa don Santiago. Y enfatiza: "La cultura es nuestro derecho más absoluto, no puede ser sectorial. Y el museo polifacético es lo más diversificado posible con el fin de llegar a un máximo de sensibilidades".

En la puerta del museo, Bouchón habla dirigiéndose al público que lo rodea: "Todos podemos hacer algo por la paz, no es cierto que no podemos hacer algo individualmente; si todos limpiamos nuestro jardín, el pueblo va estar limpio. Creo únicamente en el amor, la paz y la cultura para solucionar los problemas de los seres humanos".